CINCO PREGUNTAS FRECUENTES ACERCA DE CUBA, EEUU Y LA NORMALIZACIÓN.

Rafael Hernández¹

Las declaraciones de los presidentes Obama y Raúl Castro el 17 de diciembre pasado han abierto una nueva etapa en las relaciones entre los dos países, dirigida a la normalización. Tres meses después, el diálogo diplomático entre La Habana y Washington ha concluido tres rondas. Cuando escribo estas líneas, el próximo paso parece ser la restauración de relaciones diplomáticas plenas, 53 años después de rotas, el 6 de enero de 1961. Esta reapertura de embajadas, meta difícil de alcanzar para algunos analistas, podría tener lugar, sin embargo, antes de la Cumbre de las Américas (Panamá, 9 y 10 de abril).

Los innumerables textos acumulados desde el 17D (17 de diciembre), en torno a las causas, el significado y el futuro de este proceso revelan la inusitada expectativa que el proceso despierta, pero también la escasa comprensión de su naturaleza. Cuando la prensa internacional publica sobre Rusia, Israel o China no se nutre de opiniones recogidas por la calle en Moscú, novelistas judíos o entrevistas en el Chinatown de San Francisco, sino de expertos del Peace Research Institute de Estocolmo y sinólogos de La Sorbone. Las visiones sobre Cuba y su relación con EEUU, en cambio, son una nube de ideas repetidas, anacronismos, estereotipos, juicios basados en visitas de tres días a La Habana, proyecciones que toman deseos por realidades (*wishful thinking*), que en vez de esclarecer, alimentan un confuso sentido común sobre la isla y sus relaciones exteriores, que propongo examinar aquí brevemente.

1. ¿Por qué la normalización precisamente ahora? ¿Cuáles causas la explican? ¿Dónde se encuentran?

Desde que Raúl Castro tomó posesión como presidente, de modo temporal (2006) y permanente (2008), se dirigió al gobierno de Bush y al de Obama ofreciendo “una rama de olivo”, sin condiciones previas para iniciar el diálogo, ni límites sobre la lista de tópicos a tratar (incluidos los domésticos). Aunque Obama prometió al resto del hemisferio en la última Cumbre (Trinidad&Tobago, abril, 2009), “un nuevo comienzo” con Cuba, lo único que cumplió antes del 17 de diciembre (17D) fueron sus promesas de campaña (2008) a los cubano-americanos de Florida: flexibilizar sus viajes y remesas a la isla. ¿Cuáles son, años después, las causas directas del 17D?

Aunque es obvio que la iniciativa de este reciente cambio ha estado del lado norteamericano, algunos novatos comentaristas sobre el tema lo atribuyen a la supuesta ansiedad cubana respecto al probable fin del gobierno chavista en Venezuela. Dan por sentado que si el intercambio de servicios entre los dos países (petróleo de un lado, médicos y maestros del otro) se interrumpiera súbitamente, Cuba enfrentaría una situación catastrófica. Sin embargo, las cifras muestran que Venezuela depende mucho más de los médicos y maestros cubanos, que trabajan en zonas carentes de estos profesionales, que la isla respecto al crudo venezolano, cuyos precios internacionales se han devaluado, y resulta cada vez menos estratégico para una Cuba cuya electricidad se genera mediante producción doméstica. Ahora mismo, en el balance de pagos de este intercambio, es Venezuela la que le debe a Cuba, no al

¹ Politólogo. Director de *Temas*, publicación de ciencias sociales y humanidades.

revés. Finalmente, aunque la isla mantiene una relación especial con el chavismo, y Venezuela es su principal socio comercial, habría que preguntarse lo que pasaría si la oposición conservadora lograra sacar a Maduro del poder, en términos de costos para ambos países. El corte abrupto de los servicios de salud y educación que la cooperación cubana provee podría resultar un dilema para cualquier régimen alternativo, superior al que el suministro del crudo representa para la isla.

En todo caso, como sabe cualquier estudioso del conflicto Cuba-EEUU, el catalizador del diálogo fue la necesidad imperiosa de negociar el intercambio de presos (Alan Gross, convicto por conducir operaciones encubiertas en la isla; los tres cubanos, sentenciados a duras penas por informar a La Habana sobre los grupos anticastristas en Miami). Compelido a recuperar antes de Hanukka (17/12) al judío Gross, cuya salud se debilitaba peligrosamente, el presidente Obama escuchó lo que le recomendaba Maquiavelo a Lorenzo de Medicis: si el príncipe decide ejecutar una movida audaz, no debe hacerlo paso a paso, sino de una vez, y en el menor tiempo posible. El costo político de negociar los presos era menor que sacar a Cuba de una lista de países terroristas, donde ninguno de los aliados de EEUU pensaba que debía estar. Una vez que estas dos medidas podrían absorberse por la misma inversión, ¿cuánto más se requería gastar para llegar a la normalización?

Circunstancias favorables para un cambio en la política hacia Cuba, a nivel doméstico e internacional, convergían de modo excepcional. Las encuestas mostraban un apoyo generalizado: los votantes de EEUU, incluidos los de Florida (que eligieron a Obama las dos veces); todos los gobiernos del hemisferio sin excepción (incluidos los conservadores de Colombia y de Canadá); la Unión Europea, y la mayoría de los cubano-americanos. Finalmente, las reformas de Raúl Castro estaban transformando el contexto cubano, también de modo inédito.

Ante esta coyuntura favorable, ¿cuáles eran las ventajas comparativas de una nueva política hacia Cuba? A fines de 2014, el balance de tareas de Obama mostraba un récord muy cuestionable: Irak, Afganistán, Siria; las efímeras victorias de Libia, Egipto o la captura de Bin Laden; la amenaza del Estado Islámico; el deterioro de las relaciones con Rusia; para no hablar de la competencia económica con China o de sus frustrados proyectos de reforma legislativa en salud e inmigración. En contraste con esos arduos temas, la cuestión de Cuba --cuyo lugar en la agenda de relaciones exteriores era muy inferior-- se presentaba como mucho más tratable y con un menor costo marginal. Aproximándose la expiración de su mandato en los próximos dos años, con escaso capital político disponible y un bajo puntaje de aprobación como presidente en las encuestas antes del 17D, el tema de Cuba emergía, paradójicamente, como una inversión más atractiva que ninguna otra.

Todo lo anterior explica que el factor voluntad política adquiriera un peso superior a ningún otro momento de las relaciones bilaterales. Una vez tomada esta decisión, cuidar la inversión exige prioridad y una dedicación sostenida de ambas partes, para asegurar, como en un juego de ajedrez, cierto número de movidas en solo 22 meses que restan de la administración Obama. Ambas partes están empeñadas en este esfuerzo compartido. El silencio con que terminó la tercera ronda (16 de marzo) solo confirma la norma confidencial que esta diplomacia ha requerido siempre para avanzar en su pegajosa agenda.

2. ¿Quiere el gobierno de Cuba realmente negociar con EEUU? ¿En qué medida es capaz de sujetarse a acuerdos negociados con EEUU? ¿Cuenta con el apoyo de la población?

La práctica de intercambiar o liberar presos mediante un acuerdo bilateral existe desde que los 1200 de la Brigada 2506 fueron canjeados por medicinas y alimentos para bebés (1962); Cuba amnistió varios miles de ex-insurgentes anticastristas, operativos clandestinos y agentes de la CIA, como parte del diálogo con Carter (1977-79) y posteriormente. Chester Crocker, subsecretario de Estado para África, elogia en sus memorias la profesionalidad de la delegación cubana que negoció el fin del conflicto entre Angola y Sudáfrica (1988), donde participaron EEUU y la isla. Los diplomáticos, Servicio de guardacostas, funcionarios de la DEA e Inmigración, y mandos militares en la base naval de Guantánamo, han compartido esta experiencia con sus contrapartes cubanas, a partir de los acuerdos migratorios bilaterales (1994 y 1995), cuando ambos lados empezaron a cooperar en material de control sobre la migración y el tráfico de drogas, prevención de derrames de petróleo en aguas profundas del Golfo de México, autorización a aviones militares para sobrevolar el espacio aéreo cubano, entre otras muchas cosas.

Obama y Raúl carecen del tiempo, los recursos políticos e intereses estratégicos y económicos que permitieron forjar una política bipartidista hacia China y Vietnam. Pero pueden avanzar mediante acuerdos puntuales que no requieran el aval del Congreso, sobre todo licencias de viajes y transacciones comerciales y financieras. Además, una agenda viable incluye correo directo, telefonía e internet, intercambio de programas de radio y TV; perfeccionamiento del acuerdo migratorio, cierre del programa para captar médicos cubanos, facilitar regreso a cubanos emigrados; acuerdos sobre intercepción del narcotráfico, seguridad naval y aérea, coordinación entre militares y guardacostas, control de epidemias, protección de especies, prevención de huracanes, preservación del medio ambiente compartido, intercambio académico y cultural entre instituciones públicas.

Solo un grupo de opositores recalcitrantes al gobierno cubano, en Miami y la isla, se oponen a esta agenda y al proceso mismo de normalización.

3. ¿Puede avanzar la normalización sin levantarse el embargo? ¿Está el Congreso republicano enfrentado a esta política? ¿Tiene capacidad el Ejecutivo para neutralizar el bloqueo y conseguir su eliminación?

Aunque el presidente Obama no tiene poder para cancelar el embargo, sino el Congreso, dominado por los republicanos, estos no son un bloque monolítico. Muchos responden a intereses corporativos, como los de estados agrícolas, conglomerados de la industria turística, el entretenimiento, el transporte aéreo y marítimo, los productos biomédicos, el béisbol, las telecomunicaciones, las tecnologías de la información, que aprecian el atractivo del mercado cubano, relativamente pequeño hacia adentro, pero con grandes posibilidades por su cercanía geográfica y fuerza laboral calificada. No serían muchos los republicanos que ignorarían a contra contribuyentes electorales como estos; o que renunciarían al voto de los cubano-americanos de Florida, que ahora pueden planear su retiro en una playa de la isla, o aprovechar la ampliación del sector privado mediante *joint ventures* con sus parientes en Cuba, gracias a la normalización.

Por otro lado, hay factores culturales que favorecen las relaciones bilaterales, al margen del bloqueo. Los cubanos son más norteamericanos que la mayoría del hemisferio – para no hablar de chinos y vietnamitas. Los norteños pueden sentirse menos extranjeros en La Habana que en otras capitales, además de mucho más seguros. Y comprobar que los cubanos no necesitan tanto que los “ayuden a entrar en el siglo XXI” (Obama, 17D), sino que no les impidan el acceso a su tecnología. Ambas sociedades ya han empezado a encontrarse, como vecinos que comparten una misma pasión por el béisbol, los Cadillacs convertibles de los 50, la música cubana llamada Latin Jazz, los artefactos domésticos, el hip hop, la modernidad, el gusto cinematográfico, los sitios de historia común en Santiago de Cuba, Nueva York, Tampa y La Habana, entre tantas otras cosas.

4. ¿Qué significa para los cubanos el “doble rasero” (double standard) en la política de EEUU?

En Cuba, no ha ocurrido nunca que la policía y el crimen organizado hayan desaparecido a 43 estudiantes; ni un guardia municipal haya matado a un joven negro que le pareció peligroso; ni las fuerzas del orden hayan disparado balas plásticas, usado carros blindados o tanques, para reprimir a manifestantes, en medio de una plaza pública. Si estos hechos, frecuentes en muchos países, ocurrieran en Cuba, EEUU y sus aliados convocarían al Consejo de seguridad de la ONU para acordar sanciones contra la isla.

Aunque el presidente Obama manejó la lógica de su política hacia China y Viet Nam para argumentar la normalización con Cuba en su discurso del 17D, Washington usa otros estándares en sus relaciones con estos gobiernos. Por ejemplo, no perturba sus buenas relaciones porque Beijing impida a un grupo organizado aproximarse a Tiananmen, o Hanoi meta presos a sus blogueros antigubernamentales –quienes en Cuba andan libres, viajan y publican libelos anticastristas cada día. Siguiendo su lógica hacia China y Vietnam, sin embargo, EEUU podría aplicar la misma fórmula bilateral inventada hace veinte años, consistente en una comisión que se reúne anualmente para considerar esas diferencias sobre derechos humanos y democracia. Si prácticas como estas se extendieran a las nuevas relaciones con Cuba, se avanzaría en la superación de ese doble rasero, y se distendería la desconfianza histórica entre La Habana y Washington, en favor de medidas de confianza mutua.

5. ¿Es la democracia norteamericana el principal producto que los cubanos deberían importar de EEUU, si se levantara el embargo?

Algunos comentaristas (residentes fuera de la isla) afirman que “the true goals of normalization [are] the much-needed democratic reforms” para los cubanos; y que sus parientes de Coral Gables (Miami) son los encargados de transmitirles esta ilustración. ¿Pueden estas declaraciones contribuir al consenso interno sobre los cambios y sobre el proceso normalizador?

En las dos décadas anteriores al 17D, la cuestión de la democracia y las libertades individuales en Cuba ha avanzado más que nunca en el último medio siglo. Aunque la descompresión de las relaciones bilaterales favorece esta tendencia, los extremismos ideológicos y los condicionamientos lo pueden enturbiar, y hacerlo más cuesta arriba. Sería

muy contraproducente que se quisiera encauzar o manipular este proceso de cambio interno haciendo uso de la relación con los Estados Unidos o alguna otra potencia extranjera.

Por otro lado, lo menos conveniente para el progreso de las políticas norteamericana y cubana del 17D es levantar el recelo de aquellos residentes en Cuba que se preguntan si la paz con EEUU no será un caballo de Troya, por donde los intereses pronorteamericanos pudieran retornar a la isla, con la indumentaria de una «Cuba democrática» que viene a rescatarlos de la oscuridad del comunismo. El nacionalismo, cuya fuerza cultural siempre ha sido superior a cualquier ideología en la historia de Cuba, puede servir de puente entre cubanos de adentro y de afuera, pero también amenazar los dos procesos, el de la democratización y el de la normalización.